



REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, *Centro Periodístico*, Cinegio, 5, esquina á la calle de los Estébanes, bajo; en La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Menendez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.—TERUEL: Administracion de *El Turolense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.—BARCELONA: Sres. Teixidó y Parera, Pino, 6.—ATECA: D. Demetrio Ortega.—CALATAYUD: D. Florencio Forcén.

Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la Redaccion y Administracion.—Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá *expresamente* al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, en dicho Centro ó en su domicilio, Pino 2, 2.º

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias	10 >	18 >	32 >

Números sueltos, *quince* céntimos de peseta.

PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.	RELS.
Una página entera en la cubierta	60	Cuarto de página 16
Media página	30	Octavo de id. 8
En la última página de la REVISTA, á precios convencionales.		Dieciseisavo de id. 4

Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de *quince por ciento*; si de seis á ocho veces, una de *veinticinco por ciento*, y de nueve en adelante, una de *cuarenta por ciento*.
Los señores suscritores obtendrán en sus anuncios la rebaja del *diez por ciento*.

SUMARIO.

- I.—*Advertencia.*
- II.—*Crónica Aragonesa*, por Saldubio.
- III.—*Eladia*. (*Psicología experimental*), por D. José M. Matheu.
- IV.—*Historia de los manuscritos antiguos* (continuacion), por don Eduardo Mennechet.
- V.—*La Audacia*, novela por Alfredo de Musset. —(Continuacion.)
- VI.—*Sonetos*.—I. *La Observacion*.—II. *El Sablazo*, por D. German Salinas.
- VII.—*A las hermosas vanas* (sonetos), por D. Valentin Marin y Carbonell.
- VIII.—*Libros recibidos en esta redaccion.*
- IX.—*Espectáculos, miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

ADVERTENCIA.

Siendo muchos nuestros suscritores de fuera de esta capital que permanecen todavia en descubierto con la REVISTA DE ARAGON por el pago de los trimestres de Enero, Febrero y Marzo, Abril, Mayo y Junio, y el corriente, rogámosles que se sirvan satisfacer sin demora sus deudas atrasadas, bien por medio de libranzas del Giro Mútuo ó de sellos de franqueo, dirigiéndose á la Administracion de este semanario calle de Cinegio, 5, esquina á la de los Estébanes.

Si dentro de la presente semana no solventan sus atrasos dichos señores suscritores, dejaremos de remitirles nuestros números, exceptuando á quienes, por sernos personalmente conocidos, podamos dirigirnos aprovechando cualquier oportunidad.

Las personas que frecuentemente nos elogian por el sostenimiento de la única publicacion de este género en todo el territorio aragonés, debieran comprender que no es únicamente con vanas alabanzas cómo se alienta y protege una empresa naciente y provechosa.

CRÓNICA ARAGONESA.

¡Cuatro de Agosto! Ved ahí una de las fechas más gloriosas para el pueblo aragonés, y sobre todo, para la ciudad de Zaragoza. Conmemora uno de los episodios más admirables de aquella epopeya de principios del siglo que andando los tiempos ha de parecer más gigantesca que las cantadas por los grandes poetas de la antigüedad. Una efeméride semejante celebrariala cualquier pueblo que la poseyera en sus anales, dando pábulo por mil medios á ese fuego sagrado del entusiasmo que debe arder perenne en el altar del patriotismo. Aquí... como el pordiosero romano, descendiente de los reyes del mundo, que tendido al pié de las columnas del Foro ó en las graderías del Coliseo recibe indiferente los rayos del sol que iluminó las glorias de sus abuelos y remienda al compás de una cantinela su raída capa, nos cuidamos muy poco de las maravillas de nuestra historia y de las hazañas de nuestros ascendientes. ¿Quién sabe? Quizás las renovaríamos, si se nos ofrecieran circunstancias semejantes á las que en 1808 alentaron tamañas proezas, pero entretanto ¿á qué recordar historias rancias?

Pasó el día 4 de Agosto y ni aun los periódicos locales, que en ese día han tributado otras veces un recuerdo á la memoria de los héroes de 1808, dedicaron ahora la más pequeña frase á aquellos hechos que son el timbre más claro y esplendente de la historia de Aragon.

—¿En qué se conoce la fecha de este dia? Pasa completamente inadvertida como la de un dia vulgar y sin recuerdos, de esos en que no ha pasado nada... Así me hablaba un caballero de estos que dicen con Arolas:

Pláceme historias pasadas etc. y tienen la debilidad de amar las glorias de su país. ¡Vea usted,

añadía, ni una ligera chispa de entusiasmo para celebrar el día 4 de Agosto!

—Las *chispas* esas de que V. habla, le repuse, se guardan aquí para el día 5 de Marzo.

* * *

Ajena la REVISTA DE ARAGON á los sucesos políticos y á los personajes que de ellos toman su mayor importancia y principal representacion, no puede, sin embargo, permanecer insensible y muda ante el doloroso acontecimiento que hoy aflige á la familia real de España.

En poco más de un año ha visto morir dos reinas y dos infantas. ¿Con que es verdad que hasta los reyes mueren? dijo en uno de sus grandes rasgos oratorios el soberano del púlpito francés; pero entre nosotros hartas pruebas de esta verdad nos dá la parca fiera para que sea preciso repetir el apóstrofe de Bossuet.

Para sentir impresionado el ánimo y conmovido el corazón ante esa série de infortunios con que la Providencia templa los caracteres esforzados no es preciso haber hecho pleitesía ante un monarca: basta sencillamente con ser hombre.

* * *

El coliseo de Pignatelli se vé ahora poco favorecido por el público. Las comedias que representan Maza y Riquelme, pertenecientes casi todas al repertorio que sabemos de memoria, no constituyen por sí solas bastante atractivo para nuestros paisanos. Los espectáculos *pantorrillógrafos* (permítaseme este barbarismo) son, en todo caso, el anzuelo que más gentes engancha en estas noches de Agosto, más apropósito para tenderse en una mecedora á contemplar las estrellas, que para arrellanarse en la butaca de un teatro; así sea éste tan elegante y cómodo como el que se alza junto á las frondosas orillas del manso Huerva.

Dos sujetos entraban en él (en el teatro, no en el río) hace pocas noches, y al ver la escasa concurrencia que había en la sala, dijo uno de ellos:

—¡Hombre, qué frío está esto!

—¿Frío? contestó el otro; pues mira, levántate el cuello del chaquet y hazte cuenta que nos hemos ido á veranear al Pirineo.

* * *

¡Permítaseme un poquito de crónica retrospectiva.—¿En qué han quedado los buenos deseos de algunas personas y la suscripcion que con fructuoso éxito iniciaron para favorecer la educacion artística de Natividad Martinez?

Nadie ha dicho de público cosa alguna, ni los periódicos han dado cuenta de los resultados que esas gestiones han tenido. Me dolería que la cosa quedara *in statu quo*, siquiera por no dar la razon á los que afirman que todá empresa meritoria y útil acometida en nuestro país se vé luego falta de apoyo y proteccion, degenerando poco á poco los primeros ímpetus en indiferencia y abandono.

¿Y la proverbial tenacidad aragonesa? se dirá. Esa, como—según los poetas—la hemos escrito

en el cielo con letras de sangre, ya no se digna volver por esta tierra.

Puesto que á Natividad Martinez he dedicado el párrafo presente, le cerraré con llave de oro copiando un soneto en que ha tributado á la jóven artista zaragozana digna despedida un distinguido amigo mio, jóven ilustrado, en quien las simpatías que despierta no son menores que las prendas de inteligencia que posee.

Tamberlick y la Martinez han podido añadir á la corona de sus triunfos dos hojas más: el tenor insigne un soneto de Rosario Acuña, la autora de *Rienzi*; la novel cantante otro soneto de Rafael Valenzuela y Sanchez Muñoz.—Hélo aquí:

Al escuchar tu voz, lira armoniosa,
Que vibra en los mil tonos del sonido,
Ya bañada en el lúgubre gemido,
Ya alegre, ya festiva y bulliciosa;
Te aplaude con el alma jubilosa

La pátria en que tu cuna se ha mecido,
Queriéndote cual nunca te ha querido,
Ceñida de laurel y victoriosa.

El pueblo aragonés, que atento mira
Las páginas primeras de tu historia,
Con entusiasmo sin igual te admira.

Ya siempre vivirás en su memoria;
Por el mundo del arte veloz gira,
Dando nombre á tu pátria, al arte gloria.

* * *

Los cafés-conciertos que al principio de la temporada estaban desanimados, recobran ahora los favores de las gentes. La Iberia, el más antiguo de todos, concurrido siempre por agradable y selecto círculo de parroquianos; Matossi, donde acude público tan variado como numeroso, y el jardín de París, que es como un término medio entre los anteriores.

Hasta las personas más económicas y amigas de guardar sus ochavos encuentran en ellos un verdadero *refugium peccatorum*. Porque si van al teatro, gastan el dinero en una localidad; si van al paseo, en una silla; si no se sientan un instante, gastan las suelas de las botas; y si van al concierto... Pero oigamos á un prógimo en la Iberia:

—Adios, Fulano, le dicen; siéntese usted aquí; tome usted alguna cosa.

—Muchas gracias.

—¿No toma usted nada?

—¡Vaya, ya lo creo que tomo, y por poco precio! Primero tomo la determinacion de entrar aquí; enseguida tomo asiento, luego el fresco, y poco despues la puerta. ¿Ven ustedes cuántas cosas tomo en poco rato? ¡Pues todas me salen por una friolera!

* * *

A propósito de la nueva fragata que pocos dias há fué botado en un puerto del Mediterráneo, he oido el diálogo siguiente:

—¿Sabe V. lo que le pasa á Aragon?

—Nó, señor.

—Que le han echado al mar en Cartajena, en forma de buque de guerra.

—¡Pues ya está fresco Aragón!

—Sí, señor; ya no podremos negar que es un país... al agua.

SALDUBIO.

ELADIA.

(PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL).

I.

Aunque sois joven todavía, habeis entrado en la edad de la reflexion y quereis daros cuenta de algunas cosas por las que habeis pasado sin gran detenimiento. La causa es muy sencilla; cierta noche, sobre la mesa del café y para el apoyo de una tesis admirablemente defendida, vuestro amigo Valentin soltó la siguiente frase:—Yo conozco muy bien á la mujer y os aseguro que *ella* hará esto, lo otro ó lo de más allá. Y en efecto, *ella* hizo lo que Valentin habia pronosticado, y desde entónces ardeis en vivos deseos de poseer ese raro conocimiento.

Hémos, pues, en el terreno de la psicología experimental, de la cual no conoceis más que algunos simples fenómenos, debido, sin duda alguna, á que sus consecuencias fueron á parar á vuestro bolsillo. Hasta el presente, la mujer se os ha aparecido como las vistas de un cosmorama, y al igual del niño inteligente quereis saber qué es lo que produce la ilusion óptica, y cuál es la realidad que se oculta detrás de los cristales; esto se comprende y estais en el uso perfecto de vuestros derechos. Habeis hecho por ellas algunos disparates y os poneis en camino de hacer algunos más; no importa, vuestra memoria es fresca y recordais con suma facilidad una innumerable série de datos, fechas, tanteos, escollos y observaciones que añadís al confuso presentimiento de la ciencia de que se envanece todo hombre de mundo, y con lo cual forrais vuestra teoría.

¡Ah, Luisa! Paulina! Cármen! Adorables criaturas despertadoras de nuestro primer amor; vosotras que... etcétera; suprimamos las circunstancias atenuantes y aquellos consabidos detalles que un solteron grave y majestuoso coloca en el capítulo de las puerilidades. Entónces ¡ah! en aquel tiempo, prescindíais, lo sé, amigos míos, prescindíais de las buenas formas porque vuestro corazon, como un joven poeta, sabia improvisar romanzas ó elegías, imaginando que al eco de esta música habia de rendirse vuestra adorada como la fiera mitológica de Orfeo.

Hoy todo ha cambiado; ¡por Dios! no os presentéis delante de la señora de vuestros pensamientos sin que vuestro saludo sea irreprochable como la forma de vuestro pantalon. De esta manera podreis sorprenderlas en el tocador, en la mesa, en el confidente, en el hermoso abandono de la mañana cuando una sencilla bata os deja adivinar los verdaderos contornos de la diosa; de este modo podreis escusaros cuando vuestra audacia os lleve demasiado adelante, porque esto dependerá, como en esgrima, si sabeis presentar al adversario el menor espacio de cuerpo posible; tan habilidosa debe ser vuestra retirada.

II.

En fin, teneis la teoría y quereis llevarla á la práctica sin desconocer, puesto que sois un buen leguleyo, las dificultades del procedimiento. Tal vez salís ai-

roso del primer paso, pudiendo exclamar como Valentin con el aplomo de un viejo cazador y mientras retorceis vuestro bigote, que es magnífico:

—¡Ah, Lola... sí... la conozco, gran mujer! El pobre intendente, ya sabeis, su marido, el pobre intendente murió sin comprenderla. Qué mujer, amigos míos... con un trato amenísimo y una imaginacion, y un gusto, y un estilo... Y de este modo continuais la historia de aquella, que debe ser agradable y hasta corta, porque no abraza más que dos ó tres reinados, incluyendo el del pobre intendente.

Sin embargo, en el terreno de las deducciones sereis muy cautos, porque no hay nada más ridículo que esos conquistadores de salon que no han oido la pólvora y cuyos lauros militares se reducen á cinco ó seis cartas anónimas y perfumadas que se han escrito ellos mismos. Para estos Césares de frac no existe dama romana que no tenga su historia y á la cual no puedan ellos añadir sus comentarios.

Naturalmente, esto halaga el amor propio del hombre, y para un oyente experto que os ponga el veto de la incredulidad, encontrareis seis mal intencionados que aprueben como artículo de fé cualquiera trasnochada aventurilla. Esto no impide que continúeis vuestros estudios con el mismo fervor que os sirvió de estímulo para comenzar. Y tanto es así, que no dudais un momento en hacer la corte á Eladia, que es un modelo de elegancia, de buen tono y sobre todo de belleza.

El ser abogado, banquero ó diplomático no es obstáculo para que seais artistas y busqueis buenos modelos. Cuando abandonais los salones de esta maravilla contemporánea zumban en vuestros oídos una multitud de preguntas á manera de ráfagas sonoras: ¿Quién es Eladia? ¿Cómo vive Eladia? ¿Por qué se separó de su marido? ¿Cómo es dichosa? ¿Continúa su novela...? etc.

Bueno es tener antecedentes, pero no forméis un índice de todos los defectos que el vulgo, más numeroso de lo que parece, atribuye á sus favoritas, si no quereis renunciar al título de doctor en psicología. Reflexionad sobre vuestros datos y avanzad cautelosamente; avanzad y bien tropeceis con la diosa á quien ofreceis desde luego la mirra y el incienso, bien con la débil criatura más ó menos afortunada, con más ó menos misterios, preparad vuestro escalpelo porque de seguro serán dos organismos dignos de detenido estudio.

La veis, la admirais, sabeis arrancar á sus labios una sonrisa franca y delicada; tal vez la última hora de la noche es para vosotros; comprendéis que vive contrariada aunque se complace en respirar aquella atmósfera de lujo, de elegancia, de ostentacion, de eterna etiqueta, bajo las profusas luces de sus salones, confundiendo con las mujeres menos bellas que la envidian y los orondos personajes que la adulan y recrean.

¿Suspiró en vuestra presencia? ¿Le habeis interesado? ¡Que sea enhorabuena! ¿Qué os importan las habillitas de los que merodean una sonrisa, una mirada, un apretón de manos; de esos insectillos importunos que no tienen fuerte más que una sola cosa: el aguijon? ¡Y despues de todo Eladia es tan hermosa! Cuando despues de arreglar su tocado, de perfumar su pañuelo y lanzar delante de su espejo una mirada de satisfaccion á aquella limpia y hechicera imágen que aparece en el fondo, abre su gabinete y os recibe... confesadlo, titubeais un momento; pero luego... ¿no es verdad que luego sentís un secreto impulso de arrojaros á sus piés y declararos vencido? Pero no, esto sería demasiado teatral, tal vez inconveniente. Y sin embargo, si ella acertára á comprenderos, si oyera esa nota sublime de vuestro corazon que ahogais con

la misma sangre que se agolpa para sostenerla, si ella... no; repito que desdenais el papel de colegial y es colocais con su permiso lejos de su asiento, aunque no tan lejos que dejéis de percibir el calor de su mirada y el esquisito perfume de sus cabellos.

¿Qué decís? Exteriormente, una galantería, una frase bonita, una originalidad sobre el tiempo, la moda ó las amigas; interiormente decís, esta mujer... con ese blanco mate que embellece su cútis terso y delicado; con esos ojos rasgados que aviva la ironía de la frase, la vis cómica de la oportunidad; con esa voz fresca que parece salir de los labios de una joven educanda; con esos múltiples colores de su vestido, de sus adornos, de sus joyas, que llegan á deslumbraros como el hermoso plumaje de un pájaro americano; con esas formas amplias y seductoras bajo las cuales duerme la pasión aletargada, sueña el amor entorpecido por el ópio de una vida frívola y sedentaria... ¡ah, esta mujer...!

Y al pensar en esto sentís en vuestro pecho como una opresión dolorosa, y os levantáis para despediros y abandonar aquel sitio que empieza á tener para vosotros los tormentos de un nuevo combate. Os separáis de Eladia, queréis huir de una idea fija que os persigue.

III.

Otro tiempo, nueva fase; buscareis el trabajo como refugio; afortunadamente teneis que hacer una jugada en la Bolsa ó pronunciar un discurso de oposición en el Congreso ó lanzar sobre opeustas orillas un atrevido puente, ó puesto que quedamos en que sois letrado, la defensa de una causa gravísima en el tribunal; y en efecto, defendéis á vuestro acusado con una elocuencia tan sobria, tan verdadera, tan fundada que hasta los mismos magistrados os saludan y os felicitan; un periodista amigo vuestro os pone á la altura de los primeros oradores del foro, al lado de los Pachecos, de los Cortina, de los Martínez-Alonso. Desde aquel día os sentís más fuerte, más decidido y volveis al lado de Eladia.

El eco de vuestro triunfo ha resonado en sus oídos y os recibe más afable y expansiva que nunca. Creéis leer en el fondo de su pensamiento y os atreveis á traducir aquella mirada dulce y penetrante al mismo tiempo, que os dirige. Elevado á estas alturas es cuando vienen á vuestra imaginación las comparaciones y los casos análogos de los que debíais libraros como buen psicólogo.

Ocho días despues recibís de Eladia un sencillísimo billete donde se os cita para la noche. A vuestro buen juicio no debía adelantarse, porque ya se sabe que la iniciativa corresponde de derecho á... sin embargo, la escepcion confirma la regla general, y además ¿no teneis por ahí algun hecho parecido?

El resultado es que correis á su casa, que entráis en aquel gabinete que sólo vosotros conoceis, y que al estrechar su mano la refeneis dulcemente entre las vuestras, seguro de que sabrá corresponderos diciendo: —Siéntese usted aquí, más cerca... á mi lado.—Notais que está inquieta, que un ligero rubor enciende sus mejillas, que sus ojos os miran y muy bajito articulais un... *querida mía*, creyendo facilitar la suprema explosión de sus sentimientos. Pero *ella* se levanta, saca del *secretaire* unos papeles, y empieza á hacerlos la historia de su separación, de sus disgustos, de... —¡Ah! mi marido no supo comprenderme.

—Esta es de las vuestras, pensais en vuestro interior.

—A usted que es un amigo de confianza, un verdadero amigo y un notable letrado...

—Eladia... si mi escaso valer...

—A usted se le pueden decir estas cosas. Tambien yo, como todas, he soñado con el matrimonio, pero al año de casada, si viera usted qué horrible desencanto! Era mi marido de esos caracteres duros y despóticos insoportables en la vida privada, que tienen el orgullo de la clase á que pertenecen, pero que no saben mostrar aquella delicadeza, aquellas atenciones que exigimos nosotras del hombre que nos ama. Si por este privilegio de ser marido se ha de limitar el círculo de nuestros admiradores, se ha de tener celos de cuantos se sientan á nuestro lado, y se ha de pedir cuenta de nuestras más nimias acciones, usted comprenderá cuán insufrible debe ser esta tiranía para una mujer que tiene su vanidad, una inmensa vanidad, en ser admirada y respetada. Si inspiramos algun amor nos contentamos con su culto, con tal que este culto no hiera nuestra dignidad, ni nos ponga en ridiculo.

Llegó, pues, un día en que mi esposo exigió de mí lo que sólo puede conceder una mujer vulgar, y se dejó ver repentinamente el abismo que nos separaba. Abandoné su casa y corrí á la de mi hermano, que más tarde se avistó con él y le obligó á señalarme una pensión de noventa mil reales. Y hoy... vea usted esta carta que recibí ayer tarde. ¿No tiene la avilantez de rebajarme la pensión hasta cincuenta mil reales...? ¡Dios mio! Esto es monstruoso... Pero usted que es un letrado eminente irá de mi parte y le hará ver que esto es monstruoso, que esto es inconcebible. ¡Cincuenta mil reales...! ¡ah! quiere que venda mis coches, que empeñe mis diamantes, que viva de prestado... quiere arrojarme á la calle y que pida una limosna; ¿no vé usted cómo ese hombre es un monstruo, un verdadero monstruo?

Y al decir esto se cubre el rostro y se enjuga con el pañuelo una lágrima involuntaria, sí, involuntaria, pues quizás ignorais que estas mujeres no lloran nunca, como lloraria vuestra madre. Luego se sienta á vuestro lado más ruborosa, más apasionada que de costumbre, leyendo en vuestros ojos la defensa de sus intereses y el convencimiento que habeis de llevar al ánimo de su marido. Pero no llega á leer vuestro asombro, ni vuestra vergüenza, ni vuestra estupidez, porque, en fin, ¿qué cuesta prometer aunque sea en frases entrecortadas y sin saber lo que se dice?

Cuando os habeis repuesto del golpe, algunas noches despues, en el febril insomnio de vuestro lecho seguís repitiendo: —Pero esa mujer... ¡justo cielo! ¿será posible...? Con seguridad, será muy posible que hayais hecho el papel del intendente.

Habeis abandonado el estudio de la psicología, que tanto os recomendé, habeis recurrido al odioso expediente de las comparaciones; no ignorais, por último, que cada mujer es un problema para cuya resolución son casi precisas la intuición, la paciencia, el ingenio y el inmenso estudio que empleó el ilustre Cuvier para reconstruir con solo un hueso el esqueleto de un animal antidiluviano.

JOSÉ M. MATHEU.

Madrid, 1879.

HISTORIA DE LOS MANUSCRITOS ANTIGUOS.

(Continuación.)

Algunos eruditos han señalado á la destrucción y mutilación de los manuscritos de la antigüedad otra causa además de las guerras, incendios y naufragios: el fanatismo y la superstición que en la Edad Media dominaban á todas las religiones. Desde los más lejanos tiempos nos muestran á los persas destruyendo, por odio á la religion de Fenicia y Egipto, sus libros

de poesía y de historia, luego á los mahometanos quemando las obras históricas y poéticas de Persia, por temor á las ideas de gloria é independencia que pudieran suscitar. Presentáronlos enseguida á los romanos quemando los libros de los judíos, cristianos y filósofos; á los judíos quemando los libros de los cristianos y paganos, y á los cristianos, en fin, abrasando los de los paganos y judíos. Nos recuerdan que los conquistadores de Méjico destruyeron, para sofocar los recuerdos nacionales de los pueblos sometidos, todas las pinturas que formaban sus anales, reduciendo así á la nada su pasado. Confesémoslo todo sin temor, con la sinceridad que conviene á un estudio sério.—Aconteció que los sarracenos, á consecuencia de haberse apoderado del Egipto, privaron de repente á Europa del uso del *papyrus*. Como nada se encontró que lo reemplazase, ya no se escribió más que sobre el pergamino, que se hizo de este modo más caro y más escaso. En esta época eran las ideas religiosas omnipotentes en Europa, los reyes no soñaban con otras conquistas que la del Santo Sepulcro, los santos de la Iglesia eran más venerados que los héroes del campo de batalla. ¿Debe asombrarnos, pues, que el culto de los escritores de la antigüedad profana fuese ménos ferviente, cuando los espíritus todos yacían entregados á las preocupaciones religiosas? Mucho se ha hablado acerca de una biblia encontrada en Roma, que en los interlineados del pergamino contenía parte de un libro de Tito Livio, á medio borrar; también ha hecho ruido el descubrimiento de la *República* de Ciceron, recientemente hallada en el manuscrito de la vida de un santo. De aquí se ha deducido que los monjes fueron los verdaderos destructores de los manuscritos antiguos; que los habían raspado á sabiendas, prefiriendo los más voluminosos, para escribir en ellos plegarias, leyendas y santorales; que Tito Livio y Tácito se habían convertido en misales y breviarios bajo las anti-clásicas plumas de los escribas religiosos de la Edad Media.

No negaremos que semejantes profanaciones hayan ocurrido en algun oscuro convento de Italia; pero afirmaremos, en cambio, con más seguridad y certidumbre que á las órdenes monásticas de la Edad Media se debe la conservación de las letras hebreas, griegas y romanas, y de las obras maestras que han producido. Ni olvidemos tampoco que, al ser rechazada por las lanzas victoriosas de los francos la civilización romana introducida en las Gálias por la conquistadora espada de Julio César, todo el saber humano, excepto el de la guerra, refugióse entónces en los claústros y en los monasterios.

Entremos en un convento de los primeros siglos de nuestra historia literaria y veamos si se nota esa holgazanería tan echada en cara á las antiguas órdenes religiosas. Mirad en esta sala, consagrada únicamente al estudio y al trabajo, una larga mesa cubierta de manuscritos, pergaminos y productos de esa nueva y preciosa invención de los árabes destinada á reemplazar el antiguo papiro del Egipto. ¿Creeis que esos fervorosos siervos de Jesucristo emplean su actividad en copiar leyendas piadosas, vidas de santos ó algun misal nuevo? No; á ejemplo de los Padres de la Iglesia, que se educaban para la defensa y propaganda de la fé cristiana en el estudio de las paganas letras, estos imitadores de los Crisóstomos y Agustines se penetran más y más de las austeras verdades del Evangelio por el exámen de las deslumbradoras falacias del paganismo. Copia el uno sobre vitela nueva las medio borradas páginas del tratado de Platon sobre la inmortalidad del alma; descifra el otro á duras penas un gastado manuscrito de las comedias de Aristófanes; éste, á pesar de su piadoso horror á las guerras, no deja de admirar los Comentarios de César, al co-

piarlos; aquel trascribe fielmente el *Ars amandi* de Ovidio, sin procurar comprenderlo; todos, en fin, orgullosos del nombre de *anticuarios* que les dá la comunidad, consagran todas las horas que deja libres la oracion á reproducir con tanta exactitud como elegancia, en caracteres de diversos géneros, las obras maestras de la antigüedad pagana. El mismo padre abad, el guardian mismo del convento, vigilan los trabajos, señalan los errores, restablecen los textos, explican las dificultades, reprenden al perezoso, animan al hábil, y gustan de oír cómo turba el silencio del claústro el ruido ligero de las plumas que, corriendo á porfía sobre la vitela, depositan en ella para el porvenir las sublimes concepciones de Homero y los grandes pensamientos de Ciceron.

No tan inteligente y concienzudo esmero—según dice Petrarca—pusieron en la copia de manuscritos los escribientes que se multiplicaron luego fuera de los claústros, convirtiendo el arte en oficio. Aquel insigne poeta, que era al propio tiempo uno de los eruditos más profundos de su siglo, indignado de la torpeza é ignorancia de los copistas de su tiempo, se expresa de este modo: «¿Cómo podremos poner algun remedio al daño que nos causan los copistas, maltratando y arruinándonos todo con su ignorancia y sus descuidos? Castigo es este que de sobra merece nuestro siglo, cuando despiertan ménos curiosidad los libros antiguos que los manjares nuevos y donde se procura más tener buenos cocineros que buenos copistas. Cualquiera que sepa borrar el pergamino y tener una pluma pasa por experto copista, aunque no posea talento ni saber. De la ortografía no quiero hablar: há mucho tiempo que está perdida. Pluguiera á Dios que los copistas escribiesen, aunque mal, lo que se les dá á trascribir: echaríamos de ver su torpeza, pero se conocería por lo ménos la esencia de los libros; no confundiríamos las copias con los originales y no se perpetuarían los errores de siglo en siglo. ¿Creeis que si resucitasen Ciceron, Tito Livio y otros antiguos autores, Plinio sobre todo, y si se hiciesen leer sus obras, las entenderian? Escandalizaríanse en cada página y aun en cada palabra; dirian que no son esas sus obras, sino las de algun bárbaro.»

Este curioso fragmento de un autor que asistió á la resurrección de las letras y fué lumbrera de su siglo, es la más positiva refutación de las acusaciones lanzadas contra los monjes de la Edad Media, y prueba á la par cuántas alteraciones han sufrido los escritores de la antigüedad por culpa de copistas ignorantes. De fijo que la oscuridad de ciertos pasajes de autores antiguos débese en parte á la impericia de los escribientes que no entendían lo que llevaban entre manos. Tiempo era ya de que la imprenta, la más tardía de las humanas invenciones, diese por fin al génio antiguo la inmortalidad que parecía huir de él de día en día.

Se comprende que antes de esta época los manuscritos obtuvieran tan gran favor entre los sábios. Cuanto más raros eran, tanto más estimados y costosos, como hoy sucede con las viejas ediciones. La afición hacia los manuscritos llegó hasta el furor; poníanse en depósito los bienes, y aun se enajenaban, sólo por lograr la posesion de un manuscrito precioso. La venta y aun solamente el préstamo de un libro revestían tanta importancia que se consignaban solemnemente en documentos públicos; y no siempre el mérito de la obra determinaba el precio del manuscrito. Por el préstamo de un manuscrito de Avicena ofreció un baron diez marcos de plata en prenda; la oferta fué rehusada porque esta suma no podia compensar la pérdida de semejante manuscrito.

Cierta condesa de Anjou pagó por un libro de homilias doscientos carneros, varias pieles de marta y

cerca de cien fanegas de trigo y centeno; y hasta un rey de Francia, á pesar de su poder absoluto, no pudo obtener de la Biblioteca de la Facultad de París los manuscritos del árabe Razis, para copiarlos, sin dejar en prenda cien escudos de oro, para lo cual hubo necesidad de vender parte de su real servicio de plata (1).

Los manuscritos llegaron á ser artículos importantes de comercio, y lo que prueba cuánto era entonces su valor es el hecho de que los judíos los admitieran muy á gusto como fianza de sus préstamos usurarios. Un sábio que vió destruida su casa por un incendio logró reedificarla con solo vender dos pequeños volúmenes de Ciceron. En esta época desplegóse ardor y perseverancia sin iguales en la caza de los manuscritos. Todos los letrados de Europa se echaron á buscar escritores perdidos y á ver si descubrían un nuevo clásico. Expediciones lejanas, largos viajes, penosas indagaciones, nada amenguaba el entusiasmo de aquellos fervientes adoradores de la antigüedad. Las ruinas de la Grecia y los escombros de los monasterios escudriñáronse con más cuidado que si escondieran grandes tesoros. Dá gozo ver en la correspondencia de los sábios italianos de esta época sus cándidos alborozos, sus mútuos plácemes, cuando el hallazgo de un manuscrito perdido ó ignorado ponía en conmocion á toda la república de las letras.—El florentino Poggio visita un día el viejo monasterio de San Gall, explora la biblioteca y nada encuentra digno de su atención. Antes de retirarse penetra en un arruinado torreón donde vé un cofre de carcomidas tablas; lo abre y, entre un monton de guiñapos, descubre unos pedazos de pergamino próximos á deshacerse en polvo; los coge, se los lleva, y cuando á solas con su conquista, se apresta á examinarla... ¡cuál no es su alegría! esos girones de cuero son riquísimo tesoro: contienen las obras de Quintiliano. «¡Oh gran victoria, oh dicha inesperada! escribe al punto el Aretino; os lo suplico, mi querido Poggio, enviadme cuanto antes ese manuscrito. ¡Que yo lo vea antes de morir!»

En un monasterio de Westfalia fué hallado tambien el ejemplar más completo y estimado de Tácito, de quien nos falta una gran parte, á pesar del cuidado que el emperador Tácito tuvo de colocar en todas las bibliotecas del Estado las obras del ilustre historiador, cuyo descendiente se preciaba de ser. El manuscrito original de los Códigos de Justiniano fué descubierto casualmente en una pequeña poblacion de Calabria que cayó en poder de los pisanos. Esta extensa coleccion legislativa, desconocida en cierto modo despues de la muerte de aquel emperador, fué llevada á Pisa, y cuando tomaron esta ciudad los florentinos, transfirióse á Florencia el precioso manuscrito que sirvió de base á todas las legislaciones modernas.

Jugaba cierto literato á la pelota por distraerse de sus graves trabajos; diósele una pala nueva y hubo de observar que el mango estaba cubierto con un pergamino donde habia escritas várias palabras latinas. Las lee, y dejando de improviso el juego de pelota, corre precipitadamente á casa del constructor de palas.—¿Qué habeis hecho, le pregunta, del libro de donde habeis arrancado esta hoja de pergamino?—Esta hoja, responde el artesano, es la última de un manuscrito viejo que encontré en mi granero. ¡El desdichado habia destruido el postrer ejemplar de la segunda década de Tito Livio para cubrir con él mangos de palas!

¡Cuántas obras maestras han perecido sin duda por ignorancia de los que las poseian! Raimundo Sozzano, abogado de la córte Pontificia, encontró dos libros

de Ciceron sobre la gloria; los presentó á Petrarca, y éste los prestó á un su maestro, viejo y pobre. Hostigado por la necesidad, dejólos en depósito el anciano, cuando al volver á su casa fué acometido por muerte repentina, sin que pudiera por ende decir dónde los habia dejado. Petrarca, que los leyó, habla de ellos con entusiasmo.—Dos siglos despues, Alcionio, médico de un convento, publicó un libro acerca del destierro (*De Exilio*), en el cual se notan pasajes de un lenguaje latino tan brillante y puro que nadie le tuvo á él por autor de la obra. Nadie dudó que Alcionio habia robado aquellos fragmentos á Ciceron, despues de destruir el manuscrito original; el ladrón fué conocido por los girones de púrpura y oro que remendaban sus harapos.

EDUARDO MENNECHET.

(Se concluirá.)

LA AUDACIA.

NOVELA POR ALFREDO DE MUSSET.

(Continuacion.)

V.

—Cien mil francos no se encuentran á la vuelta de una esquina, y si Croisilles hubiera sido hombre desconfiado, hubiese creído, al leer la carta de la señorita Godeau, que la señora de sus pensamientos estaba loca ó se mofaba de él. Pero no se le ocurrió lo uno ni lo otro; no se le figuró otra cosa sino que su adorada Julia le amaba; vió que le hacian falta cien mil francos para casarse con ella, y desde aquel instante no pensó más que en procurarse la indicada suma.

Nuestro héroe poseia doscientos luises contantes y sonantes, además de una casa que podria valer, como ya he dicho, unos treinta mil francos. ¿Qué hacer? ¿Cómo arreglárselas para que estos treinta mil francos se convirtieran de repente en cien mil justos y cabales? La primera idea que acudió al magín del jóven fué la de jugarse su caudal á cara ó cruz; pero era indispensable para ello vender la casa inmediatamente. Croisilles empezó por poner un cartel en la puerta anunciando la venta de la casa, y despues, levantando castillos en el aire con el dinero que le pudieran dar, aguardó la llegada de un comprador.

Trascurrió una semana, y luego otra, y otra más; pero ningun comprador llegó. Croisilles empleó el tiempo contando sus cuitas á Juan, y ya iba á entregarse á la desesperacion, cuando llamó á su puerta un judío con toda la pinta de un chalan.

—Esta casa se vende, dijo á Croisilles; ¿sois vos el propietario?

—Sí, señor.

—¿Y cuánto vale?

—Calculo yo que unos treinta mil francos; al ménos esto he oido decir á mi padre.

Visitó el judío todas las habitaciones; subió al desvan, bajó al sótano, golpeó las paredes, contó los escalones, hizo girar las puertas sobre sus goznes, examinó llaves y cerraduras, abrió y cerró puertas y ventanas, y por fin, despues de escudriñar todo de arriba abajo, sin decir esta boca es mia ni hacer la más mínima proposicion, saludó á Croisilles con mucha cortesía y se marchó.

El jóven, que durante una hora habia seguido todos los pasos del judío, no se asustó de esta silenciosa retirada; supuso que el chalan habia querido tomarse

(1) Este rey fué, segun se lee en una obra de Mr. Lalanne, Luis XI. El original que estamos traduciendo dice Luis XV equivocadamente.—N. del T.

tiempo para reflexionar y que sin duda volvería á comprar la casa. Por temor de que volviera cuando él no se encontrase en casa, no se movió de ella en ocho dias; pero fué en vano, porque el judío no volvió.

Juan, fiel á su triste papel de consejero, sermoneaba á su dueño para disuadirle de vender la casa con tanta precipitacion y tan extravagante objeto. Pero Croisilles se moria de fastidio, de impaciencia y de amor: un dia cojió los doscientos luisés y se echó á la calle, resuelto á buscar fortuna con esta cantidad, pues era la única de que podia disponer.

Los garitos no eran públicos por aquel entónces; todavia no era tan refinada la civilizacion que permitiera á cualquier hijo de su madre arruinarse en el mismo punto y hora en que la idea de hacerlo le pasára por la imaginacion. Apenas se encontró Croisilles en la calle se detuvo; no sabía dónde dirigirse para arriesgar su dinero. Miraba las casas y examinábalas una por una procurando encontrar una de aspecto sospechoso que le hiciera adivinar lo que buscaba. Un jóven de buena facha, vestido lujosamente, acertó á pasar en aquel instante. A juzgar por las trazas, debia ser un hijo de familia, amigo de la disipacion. Croisilles se acercó á él y le dijo cortesmente:

—Caballero, dispensadme la franqueza que me tomo, pero llevo en el bolsillo doscientos luisés y tengo muchísimas ganas de perderlos ó ganar con ellos muchos más. ¿Podriais indicarme algun punto donde pueda conseguir lo que me propongo?

Al escuchar estas extrañas frases, echóse á reir el jóven elegante, no sin responder de esta manera:

—Entiendo... entiendo... Si lo que buscáis es una casa de juego, seguidme y la encontrareis, porque á ella voy yo precisamente.

Con efecto, lo siguió, y á los pocos pasos ambos penetraron en una casa de buena apariencia, donde con la mayor cordialidad y afecto del mundo los recibió un señor de edad. Varios jóvenes y otros que no lo eran hallábanse sentados en torno del tapete verde; Croisilles tomó sitio, y en ménos de una hora... se quedó sin sus doscientos luisés.

Salió el pobre del garito tan triste como puede estarlo un enamorado que se cree correspondido y pierde sus más agradables esperanzas. No le quedaba ya ni siquiera con qué comer; pero no era esto lo que más inquieto le traía.

—¿Cómo haré ahora, preguntábase el infeliz, para encontrar dinero? ¿Quién me prestaría cien luisés solamente sobre esta casa que no puedo vender?

La casualidad dispuso que en este instante pasára por allí cerca el chalan judío. Corrió hácia él nuestro aturdido jóven, y en calidad de tal le contó sin ambages en qué situacion estaba. El judío tenía pocas ganas de comprar la casa, la habia visto por curiosidad, ó mejor dicho, por instinto, como un perro que halla abierta la puerfa de la cocina y entra para ver si hay algo que robar; pero vió á Croisilles tan triste, tan desesperado, tan exhausto de recursos que no pudo resistir á la tentativa de aprovecharse de su miseria á riesgo de hacer un esfuercillo para pagar la casa. Ofrecióle, pues, una cuarta parte de lo que verdaderamente valía la finca. El jóven le llamó su salvador y amigo, le abrazó estrechamente, firmó un contrato leonino de lo más espeluznante, y al otro dia, dueño y señor de cuatrocientos luisés, se encaminó en derecha al garito en que tan lindamente se habia arruinado el dia de la vispera.

Al ir hácia él, pasó nuestro hombre por el puerto. Un navío estaba dispuesto para hacerse á la mar: el viento era suave, el mar tranquilo. Por todas partes iban y venian negociantes, marineros, oficiales de

uniforme. Los cargadores trasportaban enormes fardos llenos de géneros; los pasajeros se despedian de sus familias ó de sus amigos; las lanchas no cesaban de ir y venir; los semblantes reflejaban el temor, la esperanza ó la impaciencia, y en medio de tanta agitacion y conjunto tan variado, el majestuoso navío balanceábase suavemente al par que se iban hinchando sus orgullosas velas.

—¿Hay algo más hermoso, pensó Croisilles, que esto de arriesgar así cuanto se posee yendo á buscar al otro lado de las olas la fortuna y las riquezas? ¿Hay algo más interesante? ¡Qué emocion al ver cómo parte ese barco cargado de riquezas y del bienestar de tantas familias! ¡Qué alegría al verlo volver trayendo dobles caudales que los que se llevó, más orgulloso y más rico que antes de partir! ¿Por qué no habria yo de ser uno de estos mercaderes? ¿Por qué no arriesgar á ese juego mis cuatrocientos luisés? ¿Para qué mejor tapete verde que ese inmenso Océano? Puesto que tengo dinero, ¿quién me impide emplearlo en comprar unos cuantos fardos de telas ó de sedas? El capitán de este navío quizás no se negará á tomar mis mercancías... ¿Y quién sabe? En vez de perder esta suma, corta, es verdad, pero la única que poseo, acaso la doblaria, la triplicaria quizás por medio de una honrada especulacion. Si Julia me ama de veras, esperará algunos años y permanecerá fiel á mi cariño hasta que pueda casarme con ella. El comercio suele proporcionar ganancias más pingües de lo que muchos se figuran. No faltan casos sorprendentes de hermosas fortunas improvisadas sobre esas movedizas olas de la noche á la mañana. ¿Por qué no habria de bendecir la Providencia una empresa tan laudable, tan merecedora de apoyo y proteccion? Entre todos esos comerciantes que han amontonado tantos caudales y que envian navíos á todos los puntos del globo, más de uno y más de cuatro han principiado con ménos dinero que yo... Si ellos prosperaron con la ayuda de Dios ¿por qué he de ser yo ménos afortunado? Parece como si un viento protector empujase esas velas, inspirando ánimo y confianza. ¡Qué diablos! Ea, quiero probar fortuna... Ese capitán tiene buenas trazas. Me dirigiré á él, escribiré despues á mi adorada Julia, y... ¡a ver si me convierto en un hábil negociante!

El peligro más inminente á que están sujetas las personas que se aproximan algo á la locura es el de perder completamente el juicio sin comerlo ni beberlo. Tan pronto como el antojadizo jóven concibió su proyecto, se dispuso á ejecutarlo. Encontrar géneros, cuando hay dinero para pagarlos y prisa por gastar éste, es la cosa más fácil del mundo. El capitán, por complacer á Croisilles y tenerle más obligado, le llevó á los almacenes de un fabricante amigo suyo, quien sin perder momento vendió el atolondrado mancebo cuantos artículos de tela y seda pudo darle por su dinero; todos ellos, cargados enseguida en un carro, fueron llevados á bordo prontamente.

El bueno de Croisilles, extasiado con las más risueñas esperanzas, puso su nombre por sí propio con letras muy gordas en los fardos, base de tantas ilusiones, y los vió embarcar lleno de gozo. No tardó en llegar la hora de partida y el navío se alejó de aquellas costas al momento.

(Se concluirá.)

SONETOS.

I.

LA OBSERVACION.

En posicion meridional anteojo
 Que trae á su objetivo el vasto cielo,
 El astrónomo goza en su desvelo,
 Y al pequeño cristal adapta el ojo;
 Vé en los espacios el planeta rojo
 Que la guerra preside en nuestro suelo,
 Y á escudriñarle lánzase de un vuelo
 Su alma que vibra de impaciente arrojo.
 Mas cuando ya en su campo se figura,
 Por el lente y el astro se atraviesa
 Nube que hace la noche más oscura.
 Y clama el sabio y en su estudio cesa:
 ¡Oh, siempre ante la dicha la amargura
 Y siempre ante la luz la sombra espesa!

II.

EL SABLAZO.

En una mesa del café del Suizo
 Donde trazó mi pluma este soneto
 Ayer tarde me hallé con un sujeto
 Que á saludos y obsequios me deshizo.
 —¡Qué guapo estás, exclama, y qué rollizo!
 —¡Con qué satisfaccion la mano aprieto
 Al hijo de las musas más discreto,
 Nata del verso y de la prosa hechizo!
 Al escuchar lisonja tan galante,
 La gratitud que mi ánimo penetra
 Sus embustes pagó con un abrazo:
 Y entónces el grandísimo bergante
 Me habló de sus apuros, de una letra
 Perdida, y luego... me arrimó el sablazo.

GERMAN SALINAS.

A LAS HERMOSAS VANAS.

(SONETOS.)

I.

Vosotras, bellas, que vivís de amores
 Y en hermosura competís con Hebe;
 Las que teneis en la garganta nieve,
 Fuego en los ojos y en la boca olores:
 ¿No recordais que aniquiló esplendores
 Helado soplo de asechanza aleve,
 Y que si aquí todo existir es breve,
 Es el más breve el de las gayas flores?
 Las que á fogosa juvenil alteza
 Haceis gemir á vuestros piés esclava,
 Contemplad en la flor vuestra belleza.
 Oid al mundo que rendido alaba;
 Mas si mirais cómo la flor empieza,
 Mirad también cómo la flor acaba.

II.

Venid, venid en gaya muchedumbre...
 Cabellos que cual rayos se extendian
 Y con aquel fulgor resplandecian
 Que arroja el sol en la celeste cumbre;
 Lábios donde vivió la dulcedumbre
 Y los aromas del Abril vivian;
 Ojos que corazones encendian
 Con sus hogueras de amorosa lumbre;
 Embriagante celestial mirada
 Por donde una mujer enamorada
 Dejó escapar á voces su secreto;
 Todo, tantos hechizos acabaron,
 Al soplo de la muerte se trocaron
 En ese horrible pálido esqueleto.

VALENTIN MARIN Y CARBONELL.

(Mayo del 76.)

LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

EL CULTIVO DE LA PATATA L' EARLY ROSE, por Nenny.—Zaragoza, 1879.—Imprenta de Calixto Ariño.—Un folleto en 8.º de 32 páginas. Precio, 2 reales.

Bien conocida es la actividad que el corresponsal del *Diario de Avisos de Zaragoza* en la Francia meridional ha desplegado para propagar entre nosotros algunas prácticas agrícolas que en otros países están produciendo excelentes resultados; bien conocidas son también las polémicas que el infatigable Nenny ha sostenido con expertos contrincantes para afirmar la bondad de sus eficaces recomendaciones.

La patata *early rose* posee la preciosa facultad de rendir dos cosechas sucesivas en el mismo año y en el mismo campo. Nenny, desde las columnas del popular periódico zaragozano, emprendió la propaganda de ese provechoso tubérculo, y con objeto de responder á las preguntas que diariamente se hacen y dirigen acerca del cultivo de dicha variedad de patatas, ha escrito el opusculito que hoy anunciamos á nuestros lectores. Los que se interesen por estas cuestiones agrícolas de verdadera utilidad general harán bien en adquirir el curioso folleto de Nenny.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA. — Seccion 3.ª — MANUAL PRÁCTICO DE EXTRADICCIONES, compilado y anotado por D. Rafael García y Santisteban.—Un volumen en 8.º de 240 páginas.—Madrid, 1879.

Contiene todos los Convenios pactados entre España y los Gobiernos extranjeros para la reciproca entrega de malhechores, prófugos y desertores, con las noticias y observaciones convenientes para su mejor interpretacion y cumplimiento, concluyendo con un índice alfabético de las principales infracciones consignadas en los Convenios, para la mayor facilidad de lo que se necesite saber.

Es indudable la utilidad de esa obra, particularmente para los Abogados, Alcaldes, Jueces de primera instancia y Municipales, y todas las Autoridades tanto del orden Civil como del Judicial y Fiscales de Guerra y Marina en la Península como en Ultramar, hoy que las vías de comunicacion tanto terrestres como marítimas facilitan la evasion de un país á otro á los malhechores.

Zaragoza: Imprenta del Hospicio Provincial.